

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CÁTOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona.

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE HOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROSADOR, N.º 24 Y 26.

1871.

L47
2849

Entregas 1.^a y 2.^a

2848

15001.15074 y 15182
2848
Ley 1847

PIU LX

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

D. EDUARDO MARIA VILLAGASA

IN EMILIO MORENO 22900

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO EN EL MUNDO

477-2849
68-5

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACIÓN Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE HOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.

PROSPECTO.

DIFÍCIL y ardua es la empresa de publicar la historia de la vida y pontificado de Pio IX; así lo reconocemos, y no sin vacilacion y timidez cargamos con la responsabilidad de escribirla, por mas que nunca con tanto gusto hayamos tomado la pluma, como al ocuparnos de los hechos que caracterizan la existencia de la angelical criatura en cuyas manos puso Dios las llaves de la Iglesia, que son el cetro de la civilizacion. Pero es tan profunda la virtud, tan extraordinario el carácter, tan admirable el acierto, tan fecundo el gobierno, tan inspirada la palabra, tantos y tan importantes los hechos de Pio IX, que su misma grandeza nos empequeñece, su fecundidad nos estorba, la muchedumbre de acontecimientos nos abrumba, y sus continuas y esplendorosas expresiones doctrinales nos deslumbran y extasian.

Si hombres mas eminentes no han escrito este libro, no será porque no hayan creido digno su objeto de ocupar los mas privilegiados talentos, sino que

midiendo su importancia, la modestia les habrá detenido, y no se habrán dejado llevar como nosotros del entusiasmo hácia el hombre que á tanta altura Dios hace brillar en el firmamento del Pontificado católico.

Escribieran otros esta historia, y la leyéramos con indecible contentamiento, pues es imposible deje de consolar y alegrar el que la Providencia haya enviado á su Iglesia, durante la crisis que atraviesa, un Pontífice cuyos dotes dominan por completo á los hombres y á las circunstancias; un augusto Pontífice que, si con su firmeza garantiza el triunfo de los sólidos principios que defiende, con su prudencia manifiesta el carácter paternal de sus medidas y el sobrenatural origen de su soberanía.

La historia que vamos á publicar no es solo la historia de un hombre, ni la de un reino; la vida de Pio IX abarca uno de los períodos mas fecundos que relatan los anales del género humano. Agitada su cuna por el oleaje de la revolucion francesa, que imprimió sello y carácter á las revoluciones sucesivas, el nacimiento de nuestro gran Pontífice coincidió con la efflorescencia de una multitud de hombres que debian alcanzar celebridad deplorable unos, otros honrosísima; las vicisitudes que la Iglesia sufrió á consecuencia de la radical conmocion que á últimos del siglo sintieron los pueblos, ya en orden á las doctrinas, ya en orden á la política, dió naturalmente extraordinaria importancia á defensores y adversarios de la causa católica, en las escuelas y en los gabinetes. Las notabilidades suscitadas por la restauracion religiosa se enlazan con la primera juventud de nuestro Pontífice, como se relacionan con su nacimiento y niñez los colosos engendrados por la revolucion enciclopédica.

Elevado, en edad relativamente juvenil, á la mas alta dignidad de la tierra, Pio IX, clave sagrada del magnífico edificio de la civilizacion cristiana, ha tenido á su sombra las eminencias sociales, y la acertada manera como ha aplicado las altísimas máximas de la moral católica á la marcha de la sociedad fiel le constituye lumbrera siempre fulgurante de los inteligentes dóciles á la palabra de Dios.

Regulador de las soberanías, protector de los pueblos, fomentador del progreso verdad, Pio IX está íntimamente relacionado con todos los grandes sucesos y con todos los eminentes personajes religiosos y políticos de nuestra época.

Escribir la historia de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su pontificado es escribir las evoluciones sociales acontecidas desde el destrocamiento de Luis XVI hasta las tremendas catástrofes de que es hoy el mundo funesto teatro.

Sobre la confusion de las doctrinas, sobre los escombros por la anarquía amontonados, se levanta, como una esperanza viva, la figura colosal de Pio IX, adoctrinando á los que vacilan y deteniendo á los que destruyen; dos veces cautivo por la verdad y la justicia, es él el gran profeta que señala á los pueblos un porvenir indefectible de paz, si la sociedad pronuncia el *Confiteor* y el *Credo*; augurando de lo contrario las tinieblas y el caos para la desdichada Europa que, si en el primer caso puede levantarse y volver á ser el santuario augusto de la civilizacion del mundo, puede en el segundo reproducir los horripilantes cuadros de la antigua barbarie por el Cristianismo disipada y evocada de nuevo por la resurreccion del paganismo.

Reseñando la vida de Pro IX forzosamente nos hemos de ocupar de los hom-

bres, de las doctrinas y de los acontecimientos característicos del siglo presente y del último tercio del pasado; interesante estudio para cuyo desempeño tenemos acaudalados los documentos é instrucciones indispensables, á fin de que no quede vacío de conceptos y de juicio en ninguno de los períodos que abarcará nuestro trabajo.

Imponente era la situación del mundo al nacer Pio IX.

Peligrosa la situación social al ser entronizado en la cátedra de san Pedro.

Especialísima cuando la última invasión de la capital de la cristiandad.

Tres situaciones que nos servirán de otras tantas etapas que nos tracen el metódico sendero de nuestro trabajo; y que, por pocas que sean las luces de los que lo escribimos, ha de ser mucho el interés que excite su lectura, por la importancia que en sí mismos llevan los cuadros que han de pintarse y los asuntos que en él han de tratarse.

Mucho se ha escrito de Pio IX, porque dotado de una actividad prodigiosa, su inteligencia y su corazón forman doble manantial que de continuo fluye verdad y caridad; pero á lo menos en España no sabemos se haya escrito hasta hoy la historia detenida y filosofada de sus preclaros hechos y virtudes.

Y ya es tiempo de que se escriba y se lea; porque si bien venturosamente no ha concluido este pontificado glorioso, es ya, después del de san Pedro, el más duradero y sin duda el más fecundo.

Puesto que Dios le concede el privilegio de la longevidad á nuestro amado Pontífice, tomémonos nosotros la dispensa de historiar la extensa parte de su vida, toda consumada en obtener el mayor grado posible de *gloria á Dios* y la mayor cantidad posible de paz á los hombres de buena voluntad.

Estos son los nobles impulsos que nos hacen emprender nuestro trabajo, las altas consideraciones á que cedemos al escribir nuestro libro.

Sin otro móvil que la apología de Pio IX y del Pontificado, y la defensa de los principios é intereses en la Santa Silla vinculados, procuraremos la severidad de los juicios templada con la caridad de las formas; otro estilo no correspondería á la historia de un Pontífice que al dirigir al cielo su oración puede decir con especial exactitud como el Profeta: *Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre.*

Los que no participen de nuestro fervor para la Santa Silla y de nuestro entusiasmo por Pio IX no encontrarán en nuestras páginas una cuchilla que los hiera; la vida de que vamos á ocuparnos es imán que todo lo atrae; porque sus enseñanzas y preceptos vienen de continuo acentuados por la misericordia.

Más cautivo que soberano, Pio IX tiene título á que el mundo le trate con las consideraciones debidas siempre á una augusta víctima, y con el respeto que especialmente merece el que en la cumbre del Calvario, á que le ha arrastrado la ingratitude de la política extraviada, solo piensa

En pedir perdón por los que ultrajándole no saben lo que hacen:

En ofrecer el paraíso de la paz á los usurpadores, arrepentidos de sus crímenes:

En proporcionar á la sociedad huérfana por sus sentimientos de independencia el regazo de una madre tan buena como la Iglesia:

En suplicar á Dios cese el aparente desamparo en que permite se halle sumergida la Iglesia que preside:

En enardecer la sed inmensa de la salvación de los pueblos:

En demostrar como los decretos de la Providencia y los anuncios de sus escogidos se van consumando:

Y en ofrecer su espíritu en manos del eterno Padre, único poder en el que confía y espera.

Todos los sentimientos de Pro IX se reducen á una de estas siete expresiones, modeladas por el Redentor desde la cruz, que es á los ojos de los que creemos la mas gloriosa de las sillas pontificias.

Mucho atrevimiento es el nuestro, que sin embargo viene disculpado por el noble impulso que lo engendra, que es el de la admiracion filial por las grandezas de aquel á quien la verdadera cristiandad llama con razon *Padre Santo*.

Hemos ya expuesto nuestra idea, toca ahora al señor Editor formar las

BASES DE LA PUBLICACION.

Atendida la índole y oportunidad de esta obra, asi como el deseo de hacer fácil su adquisicion á todas las clases de la sociedad, nos ha parecido deber publicarla por entregas de 16 páginas del mismo tamaño, letra y papel que el presente prospecto, con cubierta de color é impresa, á REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA, franco el porte, remitidas por el correo ú otro conducto, procurando que se reciban con toda puntualidad y de modo que no se malogren.

Cada lámina equivaldrá á media entrega.

El primer cuaderno que, para que se pueda formar mejor juicio de la publicacion, contendrá las cuatro primeras entregas, se repartirá el 16 de junio, y despues semanalmente y sin interrupcion se dará un cuaderno que comprenderá dos entregas.

No siéndonos posible fijar hoy el número de entregas y láminas de que constará la obra, solo podemos decir que procuraremos forme dos tomos de regulares dimensiones.

En cada tomo daremos una páuta para la colocacion de sus respectivas láminas.

Se suscribe en Barcelona:

En la libreria de su EDITOR el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, n.º 24 y 26; facultando á todos los demás *centros de suscripcion y librerias* para admitir suscripciones.

Fuera Barcelona:

En casa de todos los señores Corresponsales del expresado EDITOR y los que estén relacionados con este por cualquier concepto que sea.— Se atenderán asimismo las suscripciones que avisen los que, sin ser corresponsales, ofrezcan garantía para el cumplimiento de sus compromisos.—Un particular puede suscribirse tambien remitiendo á su EDITOR en *sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería*, ú otro medio, el importe de un número de entregas que le serán enviadas puntualmente.



Heredero de D. Pablo Riera, Editor.

Calle de Robador, n.º 24 y 26, BARCELONA.

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado.

OBRA ESCRITA POR LOS REVERENDOS

D. Eduardo María Villarrasa
y **D. Emilio Moreno Cebada.**

Espléndida edicion ilustrada con láminas grabadas sobre boj.

Muy señor mio : Ruego á V. se sirva examinar el primer cuaderno que me tomo la libertad de acompañarle de la publicacion cuyo título antecede, y no dudo han de gustarle á V. sus condiciones.

Si, como espero, se digna V. suscribirse á una obra tan oportuna é interesante, se servirá poner á continuacion las señas de su domicilio, las cuales pasaré á recoger para continuar sirviéndole la suscripcion, ó bien dicho primer cuaderno, caso que no le convenga el suscribirse.

Es de V. atento y S. S. Q. B. S. M.

EL REPARTIDOR.

Sr. D.

Calle

Núm.

cuarto



SINIGAGLIA, PATRIA DE PIO IX.

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO.

TOMO PRIMERO.



PIO IX.

ISTORIA DOCUMENTATA DE SU VIDA

LA HISTORIA DE SU VIDA Y SU OBRA

TOMO PRIMERO

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA

Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

doctor en sagrada Teología :

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA :
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA ,
CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 26.
1871.

P. 10 IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

D. EDUARDO MARIA VILARROSA

ES PROPIEDAD.

D. ENRIQUE MORENO GONZALEZ

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

TOMO PRIMERO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

DE SU TIEMPO Y DE SU ACCION EN EL MUNDO

PRÓLOGO.

CUANDO la gran herejía del siglo XIX, el panteísmo revestido de diversas formas, hacia los mayores esfuerzos por infiltrar su mortífero veneno en toda la familia humana; cuando á toda costa se procuraba acreditar teorías mas ó menos degradantes, utopías que no obstante estar reprobadas hasta por el mismo buen sentido eran reputadas como única solución de las grandes cuestiones sociales y políticas que de muchos años á esta parte vienen siendo objeto de acaloradas discusiones; cuando ya empezaba á dar señales de vida la Asociación que despues se dió á conocer con el título de *Jóven Italia*, y el horizonte político de la Europa aparecia preñado de negras nubes que amenazaban furiosas tempestades, huracanes terribles destinados á arrastrar reyes, ejércitos, príncipes y naciones, Dios llamó á sí al venerable pontífice Gregorio XVI de santa memoria despues de un reinado de mas de catorce años, dejando un grato recuerdo de su sabiduría, de su prudencia, de su bondad y de la serenidad de su alma, en medio de los graves conflictos que hubo de experimentar.

Acercábanse para la Iglesia tiempos verdaderamente calamitosos. La hija del cielo, la Esposa del immaculado Cordero que siempre ha sacado nuevo vigor de las luchas y las contradicciones, que saliendo coronada de gloria de la oscuridad de las catacumbas, vió caer á sus piés al griego y al romano, al filósofo y al ignorante, y que por espacio de diez y ocho siglos ha triunfado de todas las conjuraciones suscitadas para disputarle su imperio, iba á verse combatida por nuevas y terribles persecuciones. La barquilla sentia bramar sobre de sí nuevas tempestades, pero sin temor de sucumbir, pues su garantía está en la palabra de su Fundador divino. Aquel que es el *camino, la verdad y la vida*, anunció las tribulaciones por que habia de pasar la Iglesia que, segun la brillante expresion del gran Obispo de Hipona, salió de su divino costado. *Como yo fui enviado por mi Padre, dijo á sus Apóstoles, así yo os en-*

vio. Es necesario que el Cristo sufra y que muera antes de entrar en su gloria: y vosotros tambien sufriréis aflicciones en el mundo: mas tened confianza, porque he venido al mundo. Una mano diestra debia colocarse sobre el timon de la barca, y la Providencia colocó en la silla de Pedro, que Gregorio XVI dejó vacante, al inmortal Pio IX, figurá la mas admirable y majestuosa del siglo XIX, cuyos hechos se hallan íntimamente enlazados con los grandes acontecimientos de la historia moderna. Cualquiera de las brillantes páginas de la historia de su pontificado bastaria para hacerle acreedor al título de *Magno* y á la eterna gratitud y entusiasta admiracion de la gran familia católica. ¿No ha de ser *Grande* el Pontífice que ha colocado la perla de mas valor en la preciosa diadema de prerogativas de la Madre de Dios, declarando dogma de fe el misterio de su Concepcion en gracia, llenando de júbilo á la Iglesia universal? ¿No lo ha de ser el que ha reunido el Concilio ecuménico del Vaticano en tiempos tan difíciles, augusta asamblea que ha proclamado la infalibilidad doctrinal del Jefe supremo de la Iglesia? ¿No lo ha de ser el que durante su largo pontificado ha sufrido con frente serena las mayores tribulaciones, y ha condenado con santa energía los grandes errores de la época, publicando á despecho de los poderes de la tierra su famoso *Syllabus* y la bula *Quanta cura*, de que va precedido?

En los dias en que estas líneas escribimos se realiza un acontecimiento, único en la historia de la Iglesia, que puede ser considerado como un testimonio de predileccion especial del cielo hácia el ilustre Pontífice que la dirige. Pio IX ha entrado en el vigésimosexto año de su pontificado, privilegio que no ha sido concedido, despues del Príncipe de los Apóstoles, á ninguno de sus sucesores. La capital del mundo cristiano, que por espacio de veinte años ha celebrado con suntuosas fiestas y brillantes iluminaciones el aniversario de la entrada triunfal de su Soberano, despues del destierro de Gaeta y de su salvacion milagrosa en el hundimiento de la iglesia de Santa Inés, hace un año venia preparándose para tributarle el mas entusiasta homenaje de amor y de veneracion el 16 de junio del presente (1871), dia para siempre memorable en el que cumple la cuarta parte de un siglo de ocupar la silla de san Pedro. ¡Mas ay! en ocasion tan solemne, Roma llora la cautividad de su amantísimo Padre y Señor. Un rey, que se titula católico, ha invadido con el derecho de la fuerza, que se ha sobrepuesto al derecho de la justicia, la metrópoli del Cristianismo, y ahora, en vez de aquellos piadosos peregrinos de todas las naciones del mundo, que atravesaban sus calles para dirigirse á las basílicas y buscar en brazos de la Religion la paz y la tranquilidad del alma, solo se ve una soldadesca desenfrenada semejante á aquella que cayó en el huerto de Getsemaní para aprisionar al Salvador divino, emisarios de Satanás que profieren las mas horribles blasfemias, y multitud de mujeres sin pudor y sin vergüenza que han acudido de diversos puntos á ejercer el mas inmundo tráfico allí donde era el reinado de las virtudes. Roma ve con espanto abrirse capillas protestantes en gran número frente á frente de la morada de JESUCRISTO, al que el Gobierno subalpino ni ha dejado almohada donde reclinar su cabeza. Como en otro tiempo Jeremías lloraba sobre Jerusalem, Pio IX llora hoy sobre su Roma amada,

pero sin perder ni un solo momento la tranquilidad del justo. En sus oídos resuenan de continuo las citadas palabras del Salvador: *Tened confianza, porque he vencido al mundo.*

Las tropas piamontesas no han caído solo sobre Roma; han caído sobre todo el mundo cristiano, porque la ciudad santa nos pertenece en cierta manera á todos los católicos que en ella tenemos á nuestro Padre. Por esto Roma no puede ser de Italia, ni de Francia, ni de España, ni de ninguna otra nación: Roma es la capital del reino de JESUCRISTO sobre la tierra. La Providencia en sus altos juicios dispuso que la que fue un día señora del mundo y corte del mas poderoso imperio, fuese despues el centro del Catolicismo, la residencia del Jefe supremo de la Iglesia, donde sin dependencia de ningun poder temporal pudiese libremente comunicarse con los fieles esparcidos por el universo.

Empero es necesario *tener ojos y no ver*, como sucedia á los hijos de la ciudad deicida, para no advertir la proteccion divina dispensada al Pontificado católico. La revolucion, que ha hecho astillas tronos respetables, que ha deshecho imperios que se creian muy seguros, que ha hundido en el polvo antiquísimas dinastías, ha concluido por arrancar de la mano del Sumo Pontífice su cetro temporal. Pero ¿quién no fija la atencion en la diferencia que existe entre el Papa-Rey y los demás monarcas de la tierra? Cae de su trono el soberano mas amado, y busca en el momento un asilo en extranjero suelo donde poder llorar su desgracia: los mismos que le debieran su elevacion, honores y riquezas, le abandonan; los que le habian jurado fidelidad caen en la traicion, y *acercándose al sol saliente*, hacen nuevos juramentos que quebrantarán con la facilidad que el primero. ¿Quién se acuerda de los beneficios que el rey caído dispensó á sus pueblos? ¿Quién se compadece de la majestad en desgracia? En diversos Estados de Italia, en España, y mas recientemente en esa desgraciada Francia, que hace pocos años admiraba al mundo con su Exposicion universal, y que hoy ha llegado al mayor grado de abatimiento á que puede llegar un pueblo, se han presenciado escenas de verdadero vandalismo á la caída de sus últimos monarcas, y al menos desgraciado de ellos le han quedado media docena de súbditos fieles que se resignen á comer en su compañía el pan amargo del ostracismo.

No así ha sucedido al venerable anciano que ciñe sus sienes con triple diadema: en el momento en que sus Estados son invadidos, resuena un grito de indignacion que se va repitiendo á medida que el hecho es conocido en todas las partes del mundo. Amargas protestas se cubren de millares de firmas: fórmanse asociaciones católicas en todos los reinos: la fe se anima, y numerosas comisiones acuden al Vaticano para rendir homenajes al Vicario de JESUCRISTO, ofreciéndole cuantiosos donativos para el socorro de sus grandes necesidades. El Papa no ha abandonado la capital de sus Estados: allí permanece al lado de los sepulcros de los santos Apóstoles, y su corazon paternal se llena de consuelo al recibir tantos y tan continuos homenajes.

¡Qué pontificado tan glorioso! De todas partes acuden los católicos á presentar ofrendas al magnánimo sucesor de Pedro, al anciano sacerdote que ocupa aquella

cátedra de la cual irradió para la sociedad humana la luz de la verdadera civilización, cátedra tanto mas elevada cuanto es mas combatida, manifestándose, á despecho de los poderes que han maniatado el Catolicismo despojando al Jefe supremo de la Iglesia de su dominio temporal, que por espacio de muchos siglos ha sido mirado como garantía de su independencia, un regocijo extraordinario por la prodigiosa duración de su reinado.

Nosotros, humildes sacerdotes, imposibilitados de hacer ricos presentes, pues no poseemos otro caudal que nuestra pluma, bien que dedicadà siempre á la defensa de la verdad, hemos querido tomar parte en el universal concierto, ofreciendo á nuestro amado Padre el homenaje de nuestros escasos conocimientos, no levantando un monumento científico y literario, que de tanto no somos capaces, sinó consignando los grandes hechos de su vida, formando juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época relacionados con el Catolicismo. La historia del Pontificado no registra una época mas calamitosa que la actual. La demagogia, que odia todo principio de autoridad, ha convergido al Pontificado todas sus satánicas iras, porque le conviene destruir el centro de la autoridad, y por esto ha suscitado esas terribles tempestades que despues de agitar tantos pueblos, de ser causa de tanta sangre vertida, de tantas injustas é impías revoluciones, de la caída de tantos tronos, de guerras las mas desastrosas, ha acabado por romper el cetro temporal del romano Pontífice, llevando la anarquía á Roma, iniquidad que Dios en sus altos juicios ha permitido, para que, consiguiendo su Iglesia santa un nuevo triunfo, el mundo tenga una nueva manifestación de la verdad que envuelven las palabras del Salvador que forman la garantía de nuestra esperanza: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Y ¿cómo habrían de prevalecer?

El Verbo, que todo lo hizo con peso y medida, constituyó la nave pontificia á propósito para surcar los mares procelosos de los siglos. La historia ha confirmado en ella la sabiduría del Hacedor.

El impetuoso viento de las encontradas doctrinas y las corrientes de las pasiones no han podido hundirla. La esperanza divina es para aquella nave áncora que jamás se quiebra, y la cruz del Redentor le sirve de árbol santo en cuyo leño el huracan se rasga, y las furias, venidas para estrellarse, á su contacto se transforman en alas que al puerto velozmente la conducen.

Cuando Pedro hubo de subir á la cruz, patíbulo de JESUCRISTO, la incredulidad pagana exclamó: «Se hundió la silla de los cristianos, la fe del Galileo ha perecido;» mas hé ahí que de aquel mar de sangre surge rejuvenecida la barca pontificia, y Pedro se llama Lino.

La bandera católica ondea sobre el asta sacrosanta regada con la sangre del Maestro divino y de su primer representante en la tierra; á su sombra aumenta el número de los creyentes; bajo el pontificado de Lino empiezan á cumplirse los tristes vaticinios hechos sobre Jerusalem. El judaismo recibe la pena de su deicidio, y el Cristianismo experimenta con mas elocuencia la exactitud de la palabra de JE-

sús, viendo conservada la piedra fundamental á pesar de los infernales impulsos.

Lino sufre á la vez el martirio; pero no importa: sobre el sepulcro de Lino reaparece la cátedra de Pedro; Pedro se perpetúa, llámase Anacleto.

La tiranía de Neron se transmite á Domiciano; Anacleto cae bajo su cuchilla; sin embargo, la institucion permanece.

Pedro permanece el mismo, solo su nombre ha cambiado; se llamó Lino, se llamó Anacleto, ahora se llama Clemente.

La persecucion no cesa; el Pontificado no encuentra la paz del mundo, pero ¿qué le importa aquella paz? seguro de la inmortalidad, sabe que el martirio de los Pontífices es el mas glorioso argumento de la divinidad de su mision.

Clemente es víctima de los furores de Trajano.

La Silla pontificia no crujió bajo los terribles golpes de la tiranía gentil; la Iglesia conservó aquella silla y adquirió un nuevo sepulcro.

Pedro se llamó Evaristo.

El nuevo Papa sabia que, al empuñar las llaves de la Iglesia, firmaba contra él un decreto de persecucion atroz y de martirio cruel. El decreto se ejecutó.

Pedro cambió otra vez de nombre, llamóse Alejandro.

Adriano le inmoló en el altar del sacrificio sobre cuyas aras morian cuantos en la silla pontificia se sentaban.

Pedro se llamó Sixto; Sixto, como Pedro, selló la cátedra de la verdad con la sangre de sus venas. La Iglesia tuvo en él un nuevo mártir.

La cátedra apostólica no se hundió; su gloria era mas esplendorosa á medida que iba creciendo el número de los que la glorificaban con su muerte.

Pedro se llamó Telesforo.

El nuevo Papa fue víctima del furor de Antonino el Pio, y Pedro se llamó Higinio.

Higinio sufrió y triunfó; él salvó la integridad doctrinal del Catolicismo contra las semillas de la herejía marcionita. Su muerte glorificó la cátedra pontificia.

Pedro se llamó Pio. Dos vientos combatieron la nave de Pio I; la herejía de Valentin por una parte, el fanatismo gentil por otra; pero el Espíritu Santo aconsejó al nuevo timonero, y la doctrina católica fue salvada. La cátedra pontificia obtuvo un doble resplandor con aquella doble persecucion.

Pedro se llamó Aniceto.

El nuevo Pontífice hubo de luchar contra las preocupaciones de Basilides y los errores filosófico-teológicos de Carpócrates, al paso que contra los furores paganos. La Iglesia le rinde las consideraciones debidas á los mártires.

Pedro se llamó Sotero.

Este insigne sucesor del Príncipe de los Apóstoles tuvo que combatir el montanismo, que orientó bajo de su pontificado, y los errores de Taciano y Bardesano. Fiel á su magisterio, conservó la integridad de la enseñanza religiosa, y selló las brillantes páginas de su vida derramando su sangre por la Iglesia. Marco Aurelio le sacrificó.

Pedro se llamó Eleuterio.

Florino y Blaste combatieron con la herejía la nave que él gobernaba, y despues de haber dejado incólume la santa verdad, murió bajo la tiranía del emperador Cómodo.

La esbelta palmera del Pontificado católico retoñó de nuevo al caer al sepulcro Eleuterio.

Pedro se llamó Víctor.

Los ebionitas agitaron los espíritus creyentes planteando delicadas y trascendentales cuestiones referentes á la divina persona de JESUCRISTO. Víctor sostuvo la doctrina de la dignidad cristiana. El invicto confesor descendió como sus antecesores coronado con el laurel del martirio.

Pedro se llamó Ceferino.

Su nombre ha pasado á la historia orleado de este concepto: «Hizo triunfar la verdadera fe sobre las herejías que en su tiempo aparecieron.» Si su ánimo se sentia afligido por la persecucion inexorable del emperador Severo, no traspasaba menos agudamente su corazon la audacia de herejes como Praxeas, y otros que perturbando la unidad de confesion, bello ideal de la naciente cristiandad, creaban dificultades sérias al desarrollo de la Iglesia.

La nave pontificia fue combatida en su tiempo, pero al descender al sepulcro la dejó intacta.

Pedro se llamó Calixto; el celo apostólico del nuevo Papa fue coronado por el martirio.

Pedro se llamó Urbano, que tambien fue mártir; y luego se llamó Ponciano, que sufrió la mas récia persecucion y la mas dolorosa muerte por orden del emperador Maximino; y luego se llamó Antero, quien no subió á la cátedra pontificia sino para derramar la sangre; y se llamó entonces Fabiano, que vió combatida la nave de la Iglesia por Privato, pero contra cuya herejía hizo triunfar la verdad evangélica; y fue víctima de las iras del emperador Decio.

Pedro se llamó despues Cornelio; las tempestades crecieron en su tiempo, pero su ánimo sereno supo desafiarlas; la unidad de la fe se salvó á costa de grandes sacrificios y de heróicas virtudes. Cornelio sucumbió bajo la persecucion de Gallus.

Pedro se llamó Lucio. Subió á la silla apostólica, y las olas de la persecucion le arrojaron de Roma; pero Dios, que ha organizado el flujo y reflujo de los mares, le devolvió á Roma en alas de su excelsa Providencia, aunque no fue sino para seguir inmediatamente á sus antecesores en el martirio.

Pedro se llamó Estéban, y el Pontificado católico hubo de resistir en sus dias persecuciones violentas y oposiciones audaces. La silla no sucumbió, á pesar de ser gravísimos los riesgos que hubo de atravesar. Lucio fue mártir á la orden de Valeriano.

Pedro se llamó Sixto II; san Cipriano llamó á Sixto II *amante de la paz y eminente en todas las virtudes*; la cuchilla de Valeriano, humedecida todavia con la san-

gre de Estéban, le dió el martirio; descendió al sepulcro apenas transcurrido un año desde que subió á la cátedra.

Pedro se llamó Dionisio.

Este Papa vió levantarse formidables y altivas las herejías de Sabelio y Pablo de Samosata, contra las que lanzó el anatema de su autoridad y el inmenso peso de la doctrina católica; al descender al sepulcro, la silla pontificia contó como á otra de sus glorias el haber sido ocupada por las virtudes de Dionisio.

Pedro se llamó Félix. En su tiempo la cátedra romana tuvo que ser la Providencia de muchas cristiandades perseguidas por Aureliano. Aquel celoso Papa, mientras derramaba el bálsamo de la caridad en las heridas abiertas en sus hijos por la tiranía pagana, habia de combatir las pasiones y doctrinas de las herejías de Sabelio. Dos vientos combatian la nave; pero no alcanzaron hundirla, á pesar de que el diestro piloto pereció en la borrasca bajo las órdenes de su imperio.

Pedro se llamó Eutiquiano. La doctrina católica vió surgir la altiva herejía de Manes, origen de tantas perturbaciones en las escuelas; este Papa la combatió en su origen. La Iglesia era rica en mártires. Eutiquiano sepultó por sus propias manos *trecentos cuarenta y dos*. El emperador Numeriano acabó con su vida, pero no con la existencia de la cátedra apostólica.

Pedro se llamó Cayo. Apenas elevado al principado glorioso de la Iglesia, Diocleciano desenvainó su espada, declarándose inexorable adversario de los discípulos de JESUCRISTO. Cayo hubo de retirarse de Roma, pues no era prudente expusiera su vida dejando sin jefe al ejército del Señor en lo mas rudo de la pelea. La Silla se salvó.

Pedro se llamó Marcelino.

Cuando Marcelino se sentó en la silla de Pedro, que ya se podia llamar tambien la *silla de los mártires*, Diocleciano habia expedido un edicto por el que se disponia que todas las iglesias cristianas fuesen arrasadas y quemadas todas las escrituras; que la profesion de cristiano era incompatible con toda dignidad; que el conservar la fe seria un crimen ante el código penal del imperio; que el imperio reconocia toda accion empleada contra un cristiano, al paso que declaraba nula la accion de cualquier cristiano, ni aun dirigida para obtener justicia; que los esclavos emancipados volvian de derecho á ser esclavos si se hacian cristianos. ¡Qué tempestad! Sin embargo ¡qué victoria! Marcelino murió dejando vivo el centro de la unidad.

Pedro se llamó Marcelo. El nuevo Papa fue desterrado por Majencio, y murió fuera de la santa ciudad, teniendo la dicha de ver imperturbable aun la roca pontificia, y de haber defendido y salvado contra Heraclio el órden y la disciplina en la Iglesia.

Pedro se llamó Eusebio. Apenas llegó á sentarse en la cátedra, que ya era un caldoso permanente. Majencio, que aun gobernaba, le arrojó léjos de su rebaño; pereciendo mártir de angustia al verse imposibilitado de ser mas provechoso á la Iglesia.

Pedro se llamó Melquiades. La derrota de Majencio y el triunfo de Constantino serenaron la atmósfera material; la hija del cielo concibió la esperanza de poder res-

pirar con libertad el aire de la tierra. Las calumnias amontonadas por el paganismo contra el Pontificado empezaron á desvanecerse. Sin embargo, la herejía de los donatistas turbó en aquellos días el regocijo de la familia cristiana y puso en activo servicio la prudencia, la sabiduría y la fortaleza del Padre Santo.

La doctrina católica no fue eclipsada.

Hemos llegado á la paz de la Iglesia por el imperio.

Desde Neron á Constantino la silla pontificia fue, á la vez que una cátedra gloriosa, un patíbulo tremendo. La mitra pontificia era un entretejido de abrojos, constantemente rociados por la sangre de los que la ceñían. Pontificar equivalía á morir.

Sin embargo, los sepulcros de los primeros treinta papas constituyen una pirámide de honor, gracias á la que la silla de Pedro domina las cumbres de toda grandeza. Cada uno de aquellos sepulcros es un peldaño de la santa escala de heróicos sacrificios, que debe subir la imaginacion de los siglos, antes de llegar á la cátedra de la verdad, que triunfó por la persecucion.

Los católicos que firmemente creen, los críticos que imparcialmente juzgan, se extasian, y no pueden menos de extasiarse, ante la grandeza de Pedro, que cimentó la mas prodigiosa dinastía en la historia aparecida. ¡Treinta sucesores muriendo para legar al mundo la soberanía de un ajusticiado!!! ¡Oh! los siglos jamás vieron esto, y no lo verán fuera de la Iglesia de JESUCRISTO.

Pero el Pontificado no obtuvo la paz, aunque fue ya mas raro el martirio de sus representantes.

La proteccion, como dijo el P. Félix, abrió para la Iglesia un nuevo camino de persecucion; «aceptando la alianza con el imperio, la Iglesia aceptó una prueba terrible, resultado de tres tentaciones que se resumen en una, y á las que ninguna vida humana hubiera podido resistir...

«La proteccion de los príncipes no podia ser siempre desinteresada. Extendiendo sobre la Iglesia el prestigio de su grandeza real, consular ó imperial, para honrarla á los ojos de los pueblos, intentaban que la Iglesia les pagara el beneficio de su proteccion por algun sacrificio hecho á costa de su independendencia... semejante tendencia es natural en las potestades de la tierra; y así debia presumirse ya que llegara el día en que los poderosos le ofrecerian positivamente la esclavitud.

«En efecto, esta exigencia vino... vino en cada siglo, pero especialmente en los siglos en que la Iglesia parecia recibir de los príncipes la mas pública proteccion.»

Colocados en este punto de vista tan sólidamente establecido por aquel eminente apologista, ya se deja suponer el carácter de la lucha que hubieron de sostener los Papas, para sacar á flote venturoso la independendencia de la Iglesia.

Los tiranos pretendian estrellar la nave; los protectores pretendian cambiarle el consignatario. La nave es buena, dijeron, apropiémonosla.

Á nosotros la facultad de nombrar sus pilotos, de trazar su derrotero, de prescribir la táctica á su marinería.

Empero Dios habia dado á Pedro la independencia de su autoridad. Los césares podian llamarse hijos de la Iglesia, jamás árbitros de sus destinos.

Durante los siglos protectores los Pontífices tuvieron que luchar bajo este concepto.

«Yo lo declaro muy alto, decia el mencionado P. Félix, yo, hijo de la catolicidad, discípulo de la Religion del Calvario, ante el espectáculo de la Iglesia mi madre, revestida de la opulencia, llevada por los mismos pueblos en la carroza de su prosperidad terrenal, lo confieso, siento estremecerme... mas no, no hay motivo de temor; ni el polvo del siglo, ni el fango de las pasiones, ni la huella del tiempo tocarán el principio de su vida; nada de ello podrá llegar á sus entrañas, ni á su corazon, ni á su alma; nada de ello será capaz de corromper su espíritu incorruptible. Su vida permanecerá siempre pura, inalterable siempre. Al sonar la hora marcada, Dios le dice por órgano de acontecimientos ruidosos: «*Hija del cielo, sacude tu túnica.*» Y entonces la Iglesia se contempla cubierta con el polvo sobre ella arrojado por todos los caminos de la tierra; ella sacude su túnica teñida por la sangre del Cordeiro, y el lodo cae y el polvo desaparece... deja ver en su frente purificada el resplandor de su belleza virginal; y mostrando con divina altivez su vida milagrosamente salvada de las prosperidades mundanas, y de las manchas que la riqueza y la corrupcion imprimen á donde quiera que toquen, exclama: «*Emmanuel, ¡Dios conmi-go!* La riqueza que todo lo corrompe no me ha corrompido; el esplendor de mi prosperidad no ha podido afectar en lo mas mínimo la integridad de mi vida (1).»

Pedro en el Capitolio supo ser mártir como en las catacumbas.

Faltaba la tercera prueba, ó sea la victoria sobre el período que ha sustituido la proteccion de la ley, por los derechos de la libertad á la Iglesia prometidos.

No debemos entretenernos en filosofar sobre la política contemporánea. Estamos en el campo de la historia.

El año 1789 prometió á la Iglesia el régimen de la libertad; no pedia otra cosa desde san Pedro á san Silvestre. Desde Neron á Majencio los emperadores — salvas raras excepciones — se resistieron á dar á la Iglesia la libertad á que aspiraba. Hasta Constantino la Iglesia no oyó la palabra: *Eres libre.*

El martirio de los cristianos era un crimen ante Dios; empero, sentados los principios del paganismo y del imperio, aquel crimen era lógico.

Desde 1789 la persecucion es no solo un crimen religioso, sino un contrasentido político, y sin embargo, despues del período de las catacumbas, la historia no nos presenta el hecho de haber sufrido martirio *tres Papas* en menos de un siglo como hoy acontece.

Martirio decimos, no merece otro nombre la tortura sufrida por Pio VI, las persecuciones dirigidas contra Pio VII y el doble cautiverio de Pio IX.

Ninguno de los tres Papas hubo de verter la sangre; sin embargo, los tres fueron heridos en lo que mas sagrado es para un pontífice romano. La dignidad de la Iglesia

(1) *Discours sur les trois états, ou les trois conditions de la vie catholique*, par le P. Félix.

ultrajada, ridiculizadas las protestas papales, mancillado el trono con el que las generaciones habian querido glorificar á los maestros de la fe, y las sagradas personas de los sucesores de Pedro, vilipendiadas, escarnecidas, azotadas por el desprecio, coronadas por la irrisión; ¿no constituye esto un martirio verdadero? es indudable.

Estos tres ilustres Pontífices, mártires en medio de la sociedad contemporánea, son otros tantos testimonios que Dios envia al mundo de la indestructibilidad de la Silla de Pedro.

Pedro se llamó Pio VI, y la tiranía moderna se jactó de acabar con los dias de Pedro la historia del Pontificado católico; Pio VI, despues de haber luchado contra las pasiones de todos los grandes y de todas las muchedumbres, murió en el destierro; mas no sucumbió la cátedra.

Pedro se llamó Pio VII.

Pio VII heredó de su antecesor la lucha, las fatigas, el tormento; con todo la nave continuó surcando.

Hoy Pedro se llama Pio IX, y hoy la nave de Pio IX se halla combatida por el panteismo filosófico, por el ateismo social, por el protestantismo religioso, por el despotismo político. Insultado, usurpado, abandonado, desterrado primero, vigilado por la policía diplomática despues, cautivo ahora, y no obstante *impertérrito siempre*, no suelta la cruz, que es el palo de la nave, y marcha adelante.

Las olas crecen, aumentan su furor los vientos, sucédense los torbellinos intrincados por los progresos del arte, todo se anula menos la frente que es el blanco de las tempestades; todo tiembla menos el barco, cuyo estremecimiento se desea; todo se enturbia menos la luz que estorba la libertad del crimen; todo se confunde menos la palabra de aquel cuyas definiciones arrebatan á la duda el imperio de las almas que pretende.

El trono cae y se exclama: «Cayó la cátedra santa.»

No, no, mil veces no, contesta el Pontífice; la cátedra la teneis en la nave que surca el mar de la tribulacion; en el miserable banco en que se sienta el Pontífice cautivo, ó en el horrendo patíbulo en que espira el Papa mártir.

Para abolir la Silla de san Pedro debeis abolir la última de vuestras razones, el patíbulo; y eliminar la única libertad por vosotros eliminable, la libertad de morir.

Muriendo el Pontífice, el Pontificado vive; sentándose en el patíbulo, el Pontificado encuentra su cátedra.

En el patíbulo el Papa carece de corona real; en cambio ostenta el glorioso esplendor de otra corona; la corona del martirio.

Cualquier camino que la humanidad recorra va á la glorificacion del Pontificado.

Si sigue el camino recorrido por Neron, glorifica al Pontificado dándole la diadema del martirio; entonces la silla de Pedro está en el patíbulo.

Si sigue el camino de Constantino, glorifica al Pontificado ciñéndole la corona de la soberanía; entonces la silla pontificia es el trono.

Aunque teniendo un trono, el Pontificado es el mártir de las dolencias inevitables

de la humanidad y de los errores no sometidos á su magisterio; como teniendo un patíbulo el Pontificado es soberano por el irresistible imperio de su palabra y de su moral; es decir, inútil es que la humanidad se agite, que la política gestione, que las escuelas sullicen, que las sectas se fanaticen; el Papa será mañana, como hoy, lo que fue en la persona de Pedro,

SOBERANO Y MÁRTIR.

La fe ha puesto por símbolo del poder de Pedro dos llaves en sus manos; la historia puede completar ya el simbolismo pontificio. Los siglos han visto á todos los Papas con un cetro y con una palma, símbolos del martirio y de la soberanía.

Es innegable que la sociedad contemporánea combate al Pontificado no sin sentir profundo é íntimo remordimiento. Tiene en su conciencia que es él una víctima inocente de las pasiones humanas, y si bien es su autoridad espiritual, su doctrina divina y su moral santa lo que estorba y derribar se quisiera, cúbrense las intenciones reales con pretextos aparentes, y se hace como que se apunta, no á las llaves de la conciencia y de la Iglesia, sino al cetro de la tierra que con justicia el Pontífice empuña.

Emitamos algunas consideraciones sobre los argumentos en que los adversarios de la gloria y del poder temporal se apoyan, y antes, dejemos sólidamente establecida la índole de relaciones é influencia del Gobierno temporal en la marcha y destinos de la civilización.

Un filósofo que ciertamente no será tachado de fanático, toda vez que es miembro de la llamada Iglesia protestante, escribía hace algunos años lo que va á leerse:

«Llenando y para llenar su mision religiosa, ejerciendo y para ejercer su potestad espiritual, el Pontificado ha tenido necesidad, absoluta necesidad de independencia, y de un cierto grado de autoridad material: y lo alcanzó en efecto, primero en Roma, luego á la inmediacion de Roma, despues en otros puntos de Italia, y sucesivamente bajo títulos diversos: primero como magistratura municipal; luego como propiedad territorial y en virtud del poder político inherente entonces á la propiedad; despues á título de soberanía plena y directa. El territorio y el gobierno han venido, pues, al Pontificado como un apéndice natural y un apoyo necesario de su gran poder religioso y á medida que este poder se desarrollaba. Las donaciones de Pepino y de Carlomagno fueron tan solo uno de los principales incidentes de aquel desarrollo á la vez espiritual y temporal, comenzado muy á tiempo, y secundado así por el instinto de los pueblos, como por la munificencia de los reyes. Por el concepto de jefe de la Iglesia, y por serlo realmente, es por lo que llegó el Pontífice á ser soberano de un Estado.

«Realizada así por el curso natural de las cosas y por la fuerza de las circunstancias la union de los dos poderes en el Pontífice, produjo un resultado natural tam-

bien, aunque imprevisto : estableció y ha hecho prevalecer en todos los países la distincion de esos mismos poderes. Es preciso, dijo Mr. Odilon Barrot en la Asamblea legislativa , que los dos poderes se confundan en el Estado romano , para que se separen en el resto del mundo. Muchos siglos antes que Mr. Odilon Barrot , el instinto de las sociedades cristianas y el interés general de la civilizacion habian pronunciado la misma frase. Como soberano temporal , el Pontífice no era temible para nadie , y sin embargo su soberanía temporal es una gran prenda de su independecia y de su autoridad moral. El igual de los reyes en dignidad , sin ser su rival en dominacion, podia defender á toda hora la dignidad y los derechos del órden espiritual , verdadero origen y verdadera base de su poder. Que los Papas hayan abusado de esta situacion , ahora para crear obstáculos , ahora para proteger á los soberanos con quienes estaban en guerra ó en alianza , ningun hombre ilustrado lo puede negar , y los amantes del derecho, de todos los derechos, deben ser los primeros en reconocerlo (1); pero no es menos cierto que solo al abrigo de esta pequeña soberanía temporal ha podido el Pontificado proclamar y sostener en Europa la diferencia esencial de la Iglesia y del Estado, la distincion de las dos sociedades, de los dos poderes, de sus dominios y de sus derechos mútuos. Este hecho, en el que estriban la salvacion y el honor de la civilizacion moderna, debe su nacimiento y apoyo al doble carácter del Pontificado, y compensa ámpliamente los abusos que de su doble imperio hayan podido hacer los Papas.

«¿Qué sucede hoy? Al gran hecho histórico que se ha mantenido á través de tantos siglos y de tantas vicisitudes se opone un sistema ; se afirma en principio, no solamente la distincion , la separacion general, sino la absoluta incompatibilidad , cualesquiera que sean el tiempo, la forma y la medida de la Iglesia y del Estado, del poder espiritual y del poder temporal; y en lógica rigurosa, por seguir á todo trance las consecuencias de este principio, hay espíritus bastante ilustrados que olvidan la historia, hombres muy de bien que menosprecian el derecho de gentes, liberales que mutilan la libertad.

«No desdeño en manera alguna los sistemas y la lógica ; son brillantes y saludables ejercicios en que el espíritu humano despliega, para investigacion de la verdad, su fuerza y su vigor ; pero cuando un sistema llega á tales consecuencias , cuando exige sacrificios tales, empezó á desconfiar del sistema y rechazo sus pretensiones de verdad absoluta y de dominacion universal. Aquellos vigorosos y atrevidos pensadores no lo son quizá bastante ; es preciso ir mas léjos por el camino en que se colocan ; es preciso reconocer que en el Pontificado el poder espiritual y el poder temporal están unidos íntimamente, son necesarios el uno al otro, y deben subsistir ó caer

(1) No se pone en duda la posibilidad del abuso en ningun gobierno temporal ; el Papa como á rey es hombre, y la infalibilidad y la santidad la tiene prometida en órden al gobierno de la Iglesia ; pero con la historia en la mano debemos consignar que de todos los gobiernos el que menos se ha prestado á los abusos de su autoridad, es el gobierno pontificio. Siendó el mas paternal de los poderes, rechaza por su índole misma la soberbia, la ambicion y la envidia, tres pasiones radicalmente trastornadoras.

